

ALMERÍA-ORÁN

PERIÓDICO

PUBLICADO POR UNA COMISION DE PERIODISTAS ALMERIENSES

BIBLIOTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
ALMERIA

Á BENEFICIO DE LAS VÍCTIMAS DE LOS DESASTRES DE SAIDA

BAJO LA DIRECCION DE

D. FRANCISCO LLOPIS Y D. J. ALCÁZAR

DIRECTORES DE LA ILUSTACION DE ALMERIA Y DE EL ALBUM DE LA JUVENTUD

VOCALÉS DE LA COMISION

Sres. Llopis, Director de *La Ilustración de Almería*.
Alcázar, Director del *Album de la Juventud*.
Ramos Oller, Director de *El Ferro-carril*.
Llopis (D. Antonio), Redactor de *El Progreso*.
Perez, Redactor de *La Ilustración de Almería*.

NÚMERO ÚNICO.

PUNTOS DE VENTA

EN ALMERÍA.
Admon. de este periódico, calle del Emir, núm. 11.
EN MADRID.
Casa editorial de los Sres. Góngora, Ancha de San Bernardo, 52, principal.



SUMARIO.



AUTÓGRAFOS.

S. E. el Duque de la Torre.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, de la Academia Española.—Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, de la Academia Española.—Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, Presidente del Consejo de Ministros.—Mr. Victor Hugo.—Excmo. Sr. Marqués de Molins, de la Academia Española.—Excmo. Sr. D. Juan Valera, de la Academia Española.—Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla.—Mr. Alejandro Dumas.—Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros.—Excmo. Sr. don Francisco Pi y Margall.—Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martínez, Ministro de Gracia y Justicia.—Excelentísimo Sr. D. Salustiano Olózaga.—Excmo. Sr. D. Carlos Navarro y Rodrigo.—Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor.—Excmo. Sr. D. Pedro J. Pidal.—Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.—Excmo. Señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.—Excmo. Sr. don Modesto Lafuente.—Excmo. Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro.—Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios.—Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos, Ministro de la Guerra.—Excmo. Sr. D. Pedro Mata.—Excmo. Sr. D. Antonio Hurtado.—Excmo. Sr. D. Francisco Suñer y Capdevila.—Excmo. Sr. D. Ventura Ruiz de Aguilera.—Excmo. Sr. D. Pedro Monlau.—Excmo. Sr. D. Aureliano Guerra.

TEXTO.

Patria mía!, Antonio Gonzalez Garbin.—*La Fe Cristiana*, P. A. de Alarcon.—*Cuento*, Pi y Margall.—*La Emigracion*, Fernando Garrido.—*La Caridad*, Juan de Dios de la Rada y Delgado.—*Solucion del problema de ALMERÍA-ORÁN*, Alejo Garcia Moreno.—*Carta de Madrid*, Carlos Frontaura.—*Ayer y Hoy*, Manuel Catalina.—*La Libertad*, Justo Pelayo Cuesta.—*Poesia*, J. Zorrilla.—*El Naufrago*, Victor Balaguer.—*La Ciencia*, Pablo Correa y Zafra.—*La Patria*, A. Sanchez Perez.—*Poesia*, Manuel del Palacio.—*Idea de la Caridad*, Domingo Sanchez Yago.—*El vapor que se va y el vapor que vuelve*, J. Ortega Munilla.—*La Caridad*, Domingo Arjona Casado.—*La Oracion*, Fray Ceferino Gonzalez.—*El Descabarrado*, Juan M. de Capua.—*Un duelo en Visayas*, Francisco Cañamaque.—*En los campos de Saida*, Miguel B. Aguado.—*Un Recuerdo*, Toronato Terrago y Mateos.—*Ayer y Hoy*, Narciso Díaz de Escobar.—*La Hipocresia*, Vicenté Colorado.—*La Proteccion*, Segismundo Moret.—*Luz y Sombra*, Plácido Langle.—*A Francia*, A. Martínez Duminovich.—*Nuestros colaboradores*, los Directores, Francisco Llopis, J. Al-

IPATRIA MIA!....

Almería, cuando te viera,
Y en tus calles pasara,
Y a Santo Domingo fuera
A oír la misa del alba!...
(Trova popular almeriense.)

En un meson de los que sirven de parada á las mensajerías, en el camino áspero y sinuoso que conduce desde la bella Almería á la morisca capital del reino granadino, se hallaban en una plácida noche de estilo, reunidos en corro unos cuantos gallardos mozos acompañados de otras tantas hembras de arrogante gentileza, entonando coplas y cantares *al estilo de la tierra*, que acompañaba con sonora guitarra uno de aquellos manebos, de ojos negros y rasgados, de tez morena, de rostro benévolo y agraciado y de general aspecto simpático. — Pero, Indale, ¿tú no cantas? dijo una de aquellas zagalas en tono insinuante é imperativo. — Allá va por mi pueblecito bueno, contestó el interpelado, que no era otro sino el chaval que manejaba el instrumento. Y con una voz conmovedora, dulce y penetrante, que dejó por un momento á la reunión embargada y extática, entonó la endecha con que encabezamos este artículo.

¿Quién es ese mocito? preguntaba á uno de la concurrencia cierto curioso que acababa de aproximarse al corro, atraído por las armoniosas notas que lanzaba á los cuatro vientos el instrumentista de la fiesta. — Es Indalecio el de Almería, valiente criatura que da bendición el ofrle, porque el muchacho trina como un jilguero. — Y en verdad que con tal sentimiento y *aquí!* ha entonado, observó el recién llegado, la coplilla de su tierra, como si hubiera recordado á la prenda que le tuviera robados por entero los pedazos de su alma.

El que escribe estas líneas y otro esclarecido amigo suyo, ámbos hijos también, como el buen Indalecio, de la hermosa ciudad cuya playa acarician las olas del alegre Mediterráneo, nos hallábamos pernoctando en aquel parador incómodo, aguardando que trascurriesen algunas horas para proseguir nuestra ruta hacia la ciudad natal, adonde á mi ilustre amigo le llevaba el noble anhelo de abrazar á su anciana venerable madre, y al autor de este breve artículo el cumplimiento de un deber para con la madre Patria española, que en aquella sazón se encontraba ¡desdichada! como bajel zozobrando en noche de pavorosa borrasca, azotada, por todos sus costados, de furiosos vientos contrarios.

Al oír el expresivo cantar de nuestro bizarro compatriota, interrumpimos la conversación que acerca de los asuntos públicos distraía nuestro ánimo por el momento, y nos acercamos al sitio donde se entonaban los cánticos de nuestra patria.

cantor, con voz aún más excitada y conmovida por el aplauso del auditorio, dedicaba esta otra segunda trova al recuerdo del país amado:

Almería, patria mia,
Motívito de mis penas,
¿Cuándo volveré á pisar
De tus playas las arenas!

Y en verdad (no sé si esto será prerogativa ó debilidad, como ustedes quieran, de los que hemos nacido en aquel suelo amoroso) el dulce nombre de «Almería» el grato nombre del pueblo nativo encuentra en el corazón de todo almeriense una resonancia inexplicable.

Esta consideración hicimos mi sabio compatriota y yo, después de oír las estrofas del gallardo Indalecio, y los comentarios que después de aplaudirlas hacían los curiosos que se habían ido aproximando para disfrutar del alegre concierto. ¿No recuerdas tú, decía yo á mi compañero y caro amigo, cómo los historiadores musulmanes, determinan esta tierna melancólica nostalgia como rasgo característico de nuestros compatriotas? En efecto, quien haya leído esos estudios interesantes que cierto orientalista holandés de tan alta como merecida fama publicó no há muchos años bajo el título de *Investigaciones sobre la historia de España en los siglos medios*, habrá encontrado entre los varios escritos de historiadores arábigos allí citados, uno especialmente relativo á esta acentuada pasión de los almerienses por su patria. Cuéntase en él que en cierta ocasión un musulmán, hijo de Almería, bogaba con ligera barquilla por las aguas tranquilas del pintoresco caudaloso río, delicias de la sin par Sevilla, de la ciudad encantadora que era á la sazón centro envidiable del deleite, del amor y de la poesía. Remaba triste y taciturno el marinero almeriense, fijos los ojos en la mansa corriente, hasta que saliendo de su ensimismamiento, y después de exhalar hondo suspiro al compás de sus remos, que iban dejando tras sí pintoresca estela de rizada espuma, dió al aire la siguiente endecha:

No me habéis de este río,
Ni tampoco de sus barcas;
Ni de Schantabus ver quiero
Sus jardines ni sus galas:
Que vale más que el Eden
Aquella ruda albahaca
Que nace en los matorrales
De mi inolvidable patria.

Una bella musulmana que desde la ribera había escuchado la canción del melancólico batelero almeriense preguntóle, movida de curiosidad, por el nombre de su país. Mas, después de la respuesta, la sátrica hija del Bétis viendo que el joven almeriense prefería las peladas áridas rocas de su patria á los celestiales encantos del hermoso río ensalzado por los poetas, prorumpió en estrepitosa carcajada, burlándose de la humilde tierra que

tema la boca salada y pelado el oc-

cipucio, aludiendo á la *salada mar* de nuestra playa y á la *esterilidad* que ofrecen los cerros áridos que circuyen nuestra ciudad moruna.

Pero ¡ah!, aquel mar y aquellas montañas estarán eternamente llenas de poesía para los que allí, bajo aquel cielo diáfano y esplendente, hemos pasado los mejores días de la vida; contemplando las orientales palmeras que se alzan gallardas en el cálido suelo, ó bien desde la cumbre del viejo San Telmo, ó desde las derruidas almenas de los moriscos torreones, los poéticos ocasos del astro del día cuando sumerge su disco enrojecido en las aguas del mar, envuelto entre las brumas que ocultan á lo lejos las temibles costas africanas!...

Han trascurrido ocho años desde la noche en que, oyendo el tierno cantar de un compatriota, me entregaba, en compañía de un docto amigo, á este género de consideraciones. Hoy llegan á mí los tristes gemidos de mis queridos compatriotas, víctimas de la ferocidad de los argelinos, y me entrego aún más á los mismos pensamientos. Porque si en extraño país, bello y hospitalario, no encuentran los almerienses medio de olvidar su país adorable..., en tierra extranjera, agobiados por el trabajo duro y fatigoso, sufriendo la influencia de mortífero clima, expuestos á las injurias de hordas feroces... ¡oh, tristes hijos de mi Patria, los que buscaís en los desiertos africanos un pedazo de pan amasado con tan amargas lágrimas..., ¡qué dolor se podrá comparar á vuestro dolor!

A. Gonzalez Garbin.

Granada, 1881.

CUENTO.

En cierto lugar de la provincia de Guipúzcoa, sito á la izquierda del camino de Francia, acertaron á reunirse dos hombres que habían ido á buscar en la tranquilidad del campo y la contemplación de la naturaleza reposo y vigor para sus quebrantados cuerpos y sus no ménos abatidas almas.

El sitio era á propósito para los descos de entrambos. No contaba el lugar veinte casas, y ocupaba lo alto de un cerro, en cuya cima descollaba una más bien capilla que iglesia. Bajaban por las vertientes frondosos bosques de hayas y castaños, entre cuyo verde follaje se descubrían las blancas paredes de uno que otro caserío; y al pié se extendían, ya estrechas cañadas, ya no muy anchos valles, á que servían de límite majestuosas é imponentes sierras. Figuralan entre éstas, acá la de Aizorri, cuyas desiguales cumbres parece como que recaman el azul del cielo; allá

la sombra peña de Aralar, que pa-

se entonaban los aires de nuestra tierra, a punto de que el mismo

rece desgajada de los vecinos montes para sepulcro de algun héroe; más allá el Izaspi, especie de nido de buitres que baten las aguas del Atlántico.

No lejos del lugar, allá como á la mitad de la falda del cerro, por la parte que miraba al camino, hacíase en la cuesta un descanso que por lo delicioso convidaba á pasar las ardorosas tardes del estío. No tendría de superficie cien metros; pero estaba todo cubierto de mullida yerba, salpicada de flores silvestres. Dábanle sombra los más corpulentos y alegres castaños de toda la comarca; fresca y vida, una fuente cuyas cristalinas aguas le cruzaban del uno al otro cabo como una cinta de brillante plata. Era el descanso cuadrilongo, y tenía en uno de sus extremos la fuente, en el otro una choza, lo más del tiempo cerrada, tosca y pobre como el que la habla escogido por vivienda.

Aquí fué donde por primera vez se vieron y se hablaron los hombres de mi historia. Eran ya los dos entrados en años, de grande experiencia, de no vulgares conocimientos; áun entonces no poco aficionados al estudio ni ménos afanosos por conocer los adelantos de las ciencias; de buen génio, de mejor corazon y de gran nobleza de alma. No bien empezaron á comunicarse, se sintieron mutuamente atraídos por la simpatía, á pesar de lo desigual y áun opuesto de su carácter, pues tenía el uno tanto de impaciente y vivo como el otro de reposado y grave. Padeclan los dos, además de sus respectivos achaques, la enfermedad del tiempo, la de la duda, que enturbia los más elevados espíritus y las más rectas conciencias, no diferenciándose sino en que éste la sobrellevaba resignadamente, por considerarla poco ménos que incurable, y aquél, no pudiendo sufrir los tormentos que le producía, se empeñaba en matarla por una fé que no sentía y unas creencias que habia vigorosamente combatido en sus mejores años. Contribuyó este común sufrimiento á que se unieran más y más y se buscaran cada día más ávidos de oírse, así que era rara la tarde donde, ó en el descanso de que acabo de hablar ó camino de los vecinos cerros, no se empeñasen en vivas y luminosas discusiones, á que solía dar fin la noche.

Terciaba á veces en estas contiendas el cura del lugar, que algunos días lo acompañaba, y otras el misero habitante de la montada choza, que se desvivía por cultivar su huerto los días en que no encontraba donde alquilar sus brazos. No sabían ni el labrador ni el sacerdote lo que nuestros dos hombres, ni contaban siquiera tantos años de vida; pero eran ámbos de claro juicio, y ámbos habian aprendido algo de lo que se discutía.

En sus propias conversaciones y en sus propios escritos, el cura y el gran labrador

éste en las secretas confesiones de sus penitentes y en los Evangelios.

Habia sido el labrador, como vulgarmente se dice, el rigor de las desdichas; obligado por ódio de una madrastra á dejar sus patrios hogares, habia consumido su juventud en el ejército; y al salir del servicio habia encontrado disuelta su familia, en poder de extraños la casa solariega y disipados los bienes de sus mayores hasta el punto de no quedarle tierra en que reclinar la cabeza. Con los ahorros que llevaba habia comprado aquella humildísima choza; y allí vivia solo, entregado, cuando podía, á sus pensamientos, enlazando con tristes realidades tristes recuerdos, y por la comparacion de lo que habia visto con lo que veía, labrándose en el fondo de su alma una como filosofía que le consolaba de sus desventuras y le conformaba con su negra suerte.

El cura, por el contrario, apenas conocía el sufrimiento: habia vivido y continuaba viviendo á la sombra de sus padres; y, exento de pasiones y de cuidados, no hallaba cosa que le inquietase ni le moviese el entendimiento, como no fuesen indiscretas preguntas de sus feligreses sobre Dios y el mundo, ó problemas oscuros que de vez en cuando le proponían en el confesionario, ya la refinada maldad, ya la candorosa inocencia. Esas mismas inquietudes eran para él pasajeras, porque, firme en sus doctrinas, rara vez dejaba de hallar en las palabras de Cristo ó en las de los profetas algo con que decidir las más árduas cuestiones.

Tenía el cura siempre á mano textos de este género para cortar los acalorados debates de los dos ancianos; y los creía tan concluyentes, que en los primeros días no admitía réplica. La fué despues admitiendo, y al fin... ¡ay! dudando. No así el labrador, que, sin proponerse resolver jamás cuestion alguna, solía resolverlas por una observacion profunda, que hacia en frases concisas y enérgicas. Era de ánimo en que no cabía la duda: ó afirmaba ó negaba, ó descartaba la cuestion por irresoluble.

Estos coloquios fueron el vivo reflejo de las luchas de nuestros tiempos.

Quizá en este cuadro eche álguien de ménos una figura, á su parecer indispensable.

«Cuando estábamos engolfados en las difíciles cuestiones morales y religiosas, me decía el interlocutor á quien debo estos coloquios, allá por el mes de Setiembre, vino al lugar, aquejada por largos padecimientos y presintiendo su no lejana muerte, una mujer ya de cuarenta años, tan hermosa como afable y discreta, que gozaba en acompañarnos, y aunque ajena á nuestros estudios nos sorprendia no pocas veces por las observaciones que le sugería la delicadeza de sus sentimientos y su poética y ardiente

fantasía. No sabe V. cuánto contribuyó á dar amenidad y templanza á nuestras últimas conversaciones. Bien que enferma, el tiempo que la dejaban libre sus dolores, tenía esa jovialidad que dan la fuerza y la serenidad de la conciencia; y frecuentemente calmaba la exaltacion de nuestros ánimos ó ponía fin á nuestras discusiones por un gracioso y agudo pensamiento. ¡Pobre Amalia! Reía y jugaba como una niña al borde mismo de su tumba.»

El cuadro era completo.

F. Pl y Margall.

LA FÉ CRISTIANA.

La dignidad humana, ya se considera en el individuo, ya en la sociedad, sólo puede alcanzarse por medio del Evangelio.

El espectáculo que presentan los mahometanos, es la prueba más evidente que pudiera alegarse de las excelencias de nuestra religion y de los grandes bienes que ha reportado á la humanidad.

Por ignorar sus doctrinas, vive el moro bajo la tiranía de la fuerza, entregado al capricho de poderes arbitrarios, sin nocion de sus derechos, en el solitario abandono de un individualismo salvaje.

¡Qué ignominia, qué pena y qué abatimiento en esa raza desheredada! ¡Qué savia generosa, qué brillante destino, qué bello porvenir, qué gloriosa predestinacion en los que sienten fortificarse en su corazon la fé en Cristo!

P. A. de Alarcon.

LA CARIDAD.

- ¡Siempre sufriendo! —¿Por qué?
—¿Eres feliz? —Sí, lo soy.
—¿Estás contenta? —Lo estoy.
—¿Quién te sostiene? —La fé.
—¿Pasas las noches... —Velando.
—¿Pasas los días... —Sufriendo.
—¿Y así gozas? —Padeciendo.
—¿Y así vives? —Siempre amando.
—¿A mí solo. —Intentos vanos.
—¿Y quieres? —De varios modos.
—¿Y amas á todos? —A todos.
—¡Infel! —Si son mis hermanos.
—¿Su ingratitud... —No me abisma.
—¿No esperas que me amen? —No.
—¿Quién te da consuelo?

24 recompensa? Yo

Yo misma.

discutía,
aquel en sus propias vivencias
y en el grave libro de la naturaleza

mientos, su poética y ardiente

—¿Quién te dió sér?
—¿Quién te dió voz?
—¿Y cuál es tu patria?
—¿Quién eres?

—La piedad.
—El consuelo.
—El cielo.
—LA CARIDAD.

J. de Dios de la Rada y Delgado.

LA SOLUCION DEL PROBLEMA. DE ALMERÍA-ORAN.

I.

Todo español, de sentimientos nobles y generosos, no puede ménos de lamentar lo que en nuestra patria sucede. Mientras una parte de su riquísimo suelo permanece inculto, sin canales sus más feraces campiñas y sin vías de comunicación sus provincias más pobladas, millares de sus robustos y honrados braceros se ven obligados á dejar este clima sano y delicioso, para ir en busca de un pedazo de pan negro con que alimentar á sus hijos, á los países inhospitalarios de Africa, donde los que no mueren á manos de los salvajes habitantes del desierto, ó abrasados por las calenturas perniciosas, sirven de instrumento á algun explotador codicioso, que utiliza el vigoroso esfuerzo de los mejores años de estos infelices, para aumentar extraordinariamente sus tesoros. Así contribuimos los españoles á la prosperidad y engrandecimiento de una colonia francesa, al paso que, no solamente nuestras fértiles posesiones ultramarinas; sino tambien muchos ramos de riqueza de la Península se encuentran en el más punible abandono.

¿Y no habrá remedio para tamaños males?

II.

Le hay indudablemente, y no es difícil señalarlo.

Si los legisladores y los gobiernos españoles, en vez de favorecer, por regla general, la holganza, la usura, y las vejaciones de todo género, las reprimieran, más ó ménos directamente, pero con decision y mano fuerte, desaparecería tan grave estado de cosas.

Mas, ¿cuándo sucederá esto?

III.

Tan luego como los pueblos, comprendiendo sus verdaderos intereses, en vez de seguir á los que con oro ó con promesas intentan comprarles comprándoles sus votos ó dejarse engañar por el primer charlatan de profesion que sienta plaza de aventurero político para vivir holgadamente á expensas del trabajo de sus semejantes, recha-

cen

deres ó ambiciosos, examinen detenidamente los antecedentes y cualidades personales de los hombres que hayan de representarlos, y sólo otorguen su confianza á los que les conste que son dignos de ella.

Alajo García Moreno.

Madrid, 1.º de Setiembre de 1881.

CARTA DE MADRID.

Sres. D. Francisco Llopis y D. José Alcázar.

Mis distinguidos amigos.

Tuvieron Vds. la bondad de honrarme pidiéndome algun trabajo literario para su libro ALMERÍA-ORAN, expresion nobilísima de los generosos sentimientos que animan á Vds., destinado á perpetuar el recuerdo de uno de los mayores infortunios que han afligido á esa provincia, y á socorrer con el producto de su venta á los desgraciados almerienses, víctimas de la ferocidad del bárbaro morabito. Contesté á Vds. agradeciendo la honra que me dispensaban y prometiendo corresponder á sus deseos, y pasan los dias y no envío mi trabajo literario... Perdónenme Vds., no le he enviado, ni le envío, porque en dos meses no he podido hacer cosa que me satisfaga, que me parezca digna de ese libro, y sería para mí una gran pena que en un libro publicado en Almería, fuese precisamente mi trabajo el peor de todos, mejor dicho, el único malo que hubiera en sus páginas.

Yo he sido, amigos míos, Gobernador civil de esa provincia en mejores tiempos que los actuales, —porque para un empleado no hay peores tiempos que los en que está cesante, —quero mucho á los almerienses, entre los que cuento buenísimos amigos, conservo gratísimo recuerdo de ese pueblo tan poco afortunado, pero tan honrado, tan alegre, tan bueno y tan digno, y para ese pueblo, no he de escribir una composicion anodina ó un artículo pesado y machacon, ó un mal soneto, ó un trabajoso romance sin gracia, si pretendía hacerlo festivo, ó sin color, olor ni sabor, si prefería hacerlo histórico, popular ó amatorio y pastoril.

Muchos dias me he propuesto cumplir el encargo de Vds., pero en vano; nada que merezca ir á Almería y leerse en Almería he podido hacer. Y despues de algunas horas de tener la pluma en la mano y el papel sobre la mesa, dejábalo para otro dia, y me iba á distraer con la lectura de los periódicos, sumamente amena en tiempos de elecciones, sobre todo de elecciones como las que acaban de hacerse en España.

Decía el insigne D. Ventura de la Vega una vez que le preguntaban por que no habia terminado una

zarzuela que Salas esperaba con impaciencia: «Hay años que no está uno para hacer nada.» Pues lo mismo digo ahora plagiando al laureado dramático; este año no estoy para hacer nada, sobre todo para hacer algo que sea digno de Almería.

Y renuncio á hacerlo, y digo lo francamente, seguro de que Almería estimará mejor esta confesion sincera que una quisicosa en verso ó prosa con la firma de quien tuvo la señalada honra de ser Gobernador de Almería, y la para mí más preciada de ser favorecido con la amistad y la consideracion de los almerienses.

Nunca los olvido. Conserva mi memoria la topografía exacta de la alegre y simpática ciudad, con su hermoso paseo del Príncipe, con su malecon alto y bajo, con su ancho puerto —¿cuándo se terminará?— con sus nuevas construcciones, con su severa catedral, con sus modestas iglesias de Santiago y Santo Domingo, siempre concurridas de fieles, porque en Almería hay verdadero espíritu religioso, sin hipocresía. Parece estar viendo la posada fronteriza al Gobierno civil, y al lado de la posada la tienda del benemérito cirujano, no sé si menor ó mayor, y habillísimo barbero. Parece hallarme en el balcón mirador de mi despacho, es decir, del despacho del Gobernador, y me figuro que de la calle de las Tiendas sale y viene á hacerme un rato de agradabilísima compañía el señor D. Onofre Amat, de agudo ingenio y profundo talento y larga experiencia en el foro y en la administración, y que en pos de D. Onofre vienen Federico Morcillo á saber si me ha escrito mi señor don Bernabé, su hermano, y Paco Iribarne, que anda en cuestiones concajiles y políticas con Juan Ona y Emilio Pérez, viene tambien á Inquirir si vino de Madrid resuelta su reclamacion á la Superioridad sobre la capacidad legal de algun que otro concejal, y D. Francisco Alférez, que llega todo apresurado á la sesion de la Comision provincial, donde va á tratarse asunto que interesa á Dalías. Parece ver entrar en el despacho al Secretario de la Diputacion D. Rafael Calatrava, á quien llamaba yo el alcaide de la Alcazaba, siempre serio y correcto, acompañado del alcalde de Tabernas que vino á Ingresar el contingente de provinciales, y no quiere marcharse sin ver al Gobernador.

Como si ayer hubiera sido, recuerdo la última reunion que presidi de la Junta del Puerto, cuya secretaria se disputaba con gran empeño, y presentes tengo las inteligentes fisonomías del respetabilísimo D. Antonio Iribarne, de D. Fernando de Roda, del malogrado Ferrer, de Terriza, de Bahmas, y de don Felipe Vilches, tan querido de esa capital. Y no se crea que olvide la Diputacion Provincial y sus acaloradas

radas sesiones. Allí el consecuente constitucional D. Justo Tovar, siempre oportuno, discreto y conciliador; Enrique Oña, apasionado y violento, pero bueno y generoso; el demócrata Párraga, atildado y suave, pero vigoroso y enérgico en el ataque y la defensa; el simpático Amerigo García, lleno siempre de buen deseo, y laborioso siempre; D. Gonzalo Perez Albarracín, tan prudente y tan amigo del orden; D. Gabriel Sanchez Cid, tan minucioso, y entusiasta de Cánovas; D. Vicente Ballesta, que era el presidente, y murió luego, siendo Gobernador de la provincia, hombre de grandes cualidades, de valor y serenidad y de notorio prestigio en todo el partido de Huerca-Óvera; y todos los diputados, en fin, que no cito por no hacer larga esta carta; todos deferentes conmigo y atentos siempre á mis indicaciones. No se habrá visto una Diputación y un Gobernador más acordes y en mejor armonía, por más que en aquella corporación había dignos individuos de los partidos contrarios al gobernante á la sazón, y existían enemistades muy profundas entre algunos diputados provinciales, enemistades que procuré templar en lo posible.

¿Cómo olvidaré aquella preciosa procesion de la Virgen del Mar? Procesion es esta á que concurre la poblacion entera de Almería, recorriendo una larga carrera, porque todo el vecindario quiere ver á la excelsa patrona de los navegantes. Y entre aquellas treinta mil almas que acuden á la procesion, nunca el más leve exceso, ni el más ligero desorden. Almería es un pueblo cultísimo, y tanta es la confianza del Gobierno en la sensatez de aquel pueblo que siempre le tiene abandonado de guarnicion.

Esta carta se hace demasiado larga, y voy á terminarla. Perdóneme Vds., vuelvo á decir, que no les remita otro original para su libro que esta carta, expresion de mi afecto á Almería, á todos los almerienses, y especialmente á las dignas personas que he citado, y á otros muchos, como el periodista Gutierrez de Tovar, tan activo é inteligente, el respetable sacerdote Sr. Carpena, D. Manuel Sevilla Jurado, que tanto ha trabajado para realizar su deseo, que es el deseo de toda la provincia, de que se construya el ferro-carril; D. Ramon Matienzo Capilla, que se hizo constitucional en mi tiempo, pero no por culpa mia; Garcia Roca, diputado provincial; D. Juan Lirola, alcalde ahora, segun creo; D. Enrique Lopez Rull, arquitecto provincial; el ingeniero Trias, y ya no cito más porque habria de llenar de nombres algunas cuartillas.

La provincia de Almería cuenta con grandes elementos de vida, pero es preciso que los Gobiernos la protejan con verdadero interés es preciso que sus Senadores y diputados imiten el buen ejemplo

de los de otras provincias que han procurado toda suerte de beneficios y ventajas á las que representan en las Cámaras. En esta situacion política bastante puede hacer mi amigo particular y adversario político D. Carlos Navarro y Rodrigo. Que él y los demás formen verdadero empeño en dar á Almería la prosperidad y la importancia que merece, es mi más sincero deseo. Yo seré el primero en aplaudirlo y celebrarlo.

¡Ojalá en lo sucesivo Almería no tenga que llorar desgracias tan grandes como las inundaciones de 1879 y los horrores de Orán.

Terminada esta carta, advierto que no he dicho nada del bello sexo de Almería. Es que del bello sexo de Almería puede decirse muy poco, pero, siendo poco, es lo mejor y lo más honroso lo que se puede decir. Las mujeres de Almería son hermosas de cuerpo y hermosas de alma. ¿Puede decirse más de ellas?... Quien haya asistido al paseo del Príncipe durante la octava del Corpus, habrá visto y admirado la hermosura, llena de gracia y donaire de las mujeres de Almería, y quien haya tenido la honra de frecuentar aquella sociedad íntimamente, habrá podido comprender que la hermosura y la virtud de las mujeres forman el encanto y la alegría de aquellos honrados hogares.

Gracias mil, amigos míos, por el afectuoso recuerdo con que Vds. me han honrado y favorecido más que merezco. De Vds. amigo devotísimo que les besa las manos.

Carlos Frontaura.

LA EMIGRACION.

Los franceses han conquistado la Argelia y los argelinos se sublevan contra la dominacion francesa: nada hay ni más natural ni más legítimo. El que ellos sean bárbaros y los franceses civilizados, en nada mengua su derecho, por mas que los conquistadores nos inspiren más simpatías que los conquistados.

Bu-Amema es en Africa contra la dominacion extranjera, lo que fué Viriato en España contra la romana; lo que en nuestro siglo el Trapense y tantos otros contra la napoleónica.

Los españoles que huyendo de una patria madrastra van á buscar el sustento trabajando á un país recién conquistado y en el que la lucha latente ó patente existe, y no puede ménos de existir durante mucho tiempo, se exponen á las terribles catástrofes de que han sido víctimas en Saída y otros puntos de la Argelia, y ellos y todos los españoles sus conciudadanos, no debemos quejarnos ni de los moros ni de los franceses, sino de los gobiernos españoles, que en lugar de garanti-

zar las libertades y derechos de los ciudadanos, de fomentar la riqueza pública por todos los medios que están á su alcance, de propagar la instruccion y de difundir toda clase de conocimientos útiles y necesarios á la produccion de la riqueza, esquilman á los pueblos con toda clase de contribuciones y gabelas más odiosas unas que otras, para sostener con holgura toda clase de parásitos improductivos y regalar 50 millones de pesetas á una teocracia insaciable, única clase que prospera y aumenta rápidamente, gracias al patrocinio del Estado, mientras los trabajadores útiles tienen que emigrar á miles y á centenares de miles á países extranjeros en busca de un salario que en su patria no encuentran.

Procuremos aliviar hasta donde sea posible la desdicha de nuestros conciudadanos que vuelven afligidos al seno de la patria; pero procuremos acabar de una vez para siempre con los obstáculos tradicionales que se oponen á su regeneracion política y social, seguros de que será el único medio eficaz de impedir la reproduccion de catástrofes como la que hoy deploramos.

Fernando Garrido.

AYER Y HOY.

1535-1881.

1535.

Cubierta de blanca lona y al tope la enseña izada, que esmalta imperial corona, del puerto de Barcelona zarpa la imponente armada.

Cien veleros galeones y trescientas grandes naos en correctas divisiones, guardan erugiendo sus baos treinta mil fuertes peones.

Brillan picas, capacetes, arcabuces, alabardas, y grebas y cosletes, y resuenan los mosquetes y retumban las bombardas.

Flámulas y banderolas cubren la jarcia ondulante y las espumosas olas besan puente y batayolas al impulso del Levante.

Ganosos de fama y gloria, de almas nobles digno pasto, van ilustrando su historia, el gran almirante Doria y el bravo Marqués del Basto.

Muchos nobles infanzones, prez de la española tierra, con sus lanzas y pendones acrecientan las legiones de la sacrosanta guerra, y á la arena infiel avarea do sangre esforzada y moza, van, honra de estirpe clara, Mondéjar, Mendoza, Lara y Liñan de Zaragoza.

Con ademán grave y fiero en la nave capitana el César, Carlos primero, marca el rumbo y derrotero hacia la costa africana.

En su aliento soberano,
que inflama el amor divino,
instigar quiere su mano
al azote del cristiano,
al cruel pirata Aradino.

Las berberíacas galeras
con insolente fortuna,
la mar dominando fieras
la cruz postran altaneras
ante la audaz *media-luna*;
y el infeliz navegante
que marcha con rumbo incierto,
presa es del moro arrogante
y despojo el habitante
del desabrigado puerto.

Ya la costa se avecina
entre la bruma lejana
y, á través de la neblina,
la turba se arremolina
de la gente musulmana.

Con estrépito vocean
las apretadas falanges;
las gúntas centellean,
y el aire relampaguean
los aflados alfanges.

Vano alarde! Al rudo empuje
del terrible castellano,
la chusma se rompe y cruje
y huyendo de pavor, ruge
ante el lábaro cristiano.

Vencida y despedazada
la hueste del Islamita;
su inmensa flota abordada,
por la puerta mal cerrada
de Túnez se precipita.

Aun allí, no halla seguro
á su derrota completa;
que en medio al ambiente puro
brilla la cruz sobre el muro
de la almonada *Goleta*.

Así del humano fuero
la honda herida se restaña.
Así en el social sendero
marchaba un día el primero,
el noble pueblo de España.

1881.

Hendiendo las turbias olas
que el mar de *Calpe* encadena,
sin pabellon en la antena,
van las navos españolas
hacia la costa agarena.
En la borda, el equipaje
busca en la neblina oscura
sobre el movable oleaje
la esteril playa salvaje
que el fragil leño procura.
Sobre el puente, cuidadoso
vela el capitán severo;
y el silencio y el reposo
no turba ni el armonioso
entonar del mariuero.
Vuela la cortante quilla,
viento en popa y mar bonanza,
y apenas la aurora brilla
la inhospitalaria orilla
se apercebe en lontananza.
También en la hirviente arena
se oyen gritos estridentes;
también el espacio atruena
y en sus ámbitos resuena
confuso clamor de gentes;
mas no el habla de Mahoma,
á toda armonía extraña,
ronca á los labios asoma;
ayes, exhala el idioma
de la hermosísima España.

Pálidos y macilentos
miles de ancianos y mozos,
ó desnudos ó harapientos,
lanzan gritos y lamentos

y aterradores sollozos.
Con los rostros señalados
de hondo dolor por las huellas,
se ven niños desolados,
y mancebos mutilados,
y profanadas doncellas.
Esposas, que al dulce dueño
ya no abrazarán en calma;
madres, que en terrible empeño
quieren del eterno sueño
volver pedazos del alma.
Hacinados en montones
sobre la playa candente
yacen los que á las prisiones
del Sahara en las regiones
llevó la bárbara gente;
y al ver los semblantes yertos
de los míseros cautivos,
dudan los ojos inciertos
si están aún vivos los muertos
ó si están muertos los vivos.

¿Qué sufren? Crueles enojos
causan tan crudos pesares.
¿Por qué con el llanto rojos
tornan los cansados ojos
hacia los desiertos lares?

Españoles son. Un día
tras la soñada fortuna
con infantil alegría,
por aquella tierra impía
trocaron la patria cuna.
A la sombra protectora
de caudal *Aguila Gala*
buscaron oro, en mal hora.
El *Aguila* voladora
plegó fatigada el ala,
y en el rebaño inocente,
nunca ante el temor despierto,
en su descuido indolente,
clavaron el fiero diente
los chacales del desierto.
De Dios por tremendo arcano,
ó misterioso anatema,
sobre el mísero cristiano
cayó el cuchillo inhumano
del sanguinario Abu-Amema.

Quizá alegres y gozosos
viendo su deuda cobrada
en sus lechos pavorosos
se estremecen silenciosos
los *Moriscos de Granada*.

¿Porqué torciendo el sendero
que le señala la historia
el inquieto pueblo líbero
por extraño derrotero
busca una dicha ilusoria?
El que del Duero y el Tajo
y el Guadiana el agua bebe
no busque extranjero atajo,
la fortuna del trabajo
hallar en su patria debe.
La pobre madre angustiada
con voz doliente le grita,
mísera y abandonada
por sus hijos desagrada,
de sus hijos necesita.
Así el esplendor pasado
en la historia sin segundo,
recobrará immaculado;
así su nombre aclamado
volverá á llenar el mundo:
y si el día venidero
despiertan su noble instinto,
probar podrá al orbe entero
que aún ruga potente y fiero
el Leon de Carlos quinto.

Manuel Catalina.

Agosto 1881.

Donde la libertad es reconocida
y respetada como condicion esen-
cial de la vida humana, las institu-
ciones que á su amparo se crean,
viven y se desenvuelven con toda
la expresion propia de la virtual
energía de la idea que entrañan, sin
que estorben á su viril desarrollo
individuales y pasajeros desvarios.
Por eso, hoy por hoy, no es acaso
más que un ideal. Un pueblo sola-
mente en la historia del mundo ha
tenido hasta ahora la envidiable y
envidiada dicha de tocar, en parte
á lo ménos, ese ideal. Nosotros
contemplamos con admiracion y
áun pretendemos imitar á ese pue-
blo, fascinados por la estabilidad y
solidez de sus instituciones; pero
nos contentamos con remedarle to-
mando de él solamente meras for-
mas vacías de todo contenido real,
porque no advertimos que aquella
grandeza, que nos deslumbraba sin
comprenderla, estriba en una sola
cosa; en que allí la libertad no tiene
padres ni tutores: allí la libertad
es creadora, porque no es criatura.

J. Pelayo Cuesta.

Dios es Dios: y por ser tal,
Ni puede ser comprendido,
Ni puede ser definido
En lengua alguna mortal.
Dios es Dios: nadie le ve:
No cabe en humana idea
Quién sea, ni cómo sea,
Ni dónde ni cómo esté.
Mas ¿qué hombre puede negar
Al Dios que ha puesto en su pecho
Su fé y su templo, y ha hecho
De su corazon su altar?

José Zorrilla.

EL NAUFRAGO.

Quando el cielo está encapotado y
sin un rayo de sol, como un cora-
zon cerrado á la esperanza; cuando
el mar está embravecido y fiero;
cuando la tempestad ruge en los
aires y el huracan conmueve los
viejos techos de nuestras casas,
yo, desde el humilde rincón de mi
morada, pienso siempre en aque-
llos que á semejante hora viajan,
en aquellos que á semejante hora,
perdidos en las vastas soledades
de los mares, se encuentran en el
seno de las tinieblas á solas con la
tempestad que tan pronto lanza su
débil embarcacion á las nubes don-
de tienen su depósito las inmensas
cataratas, como la hunde en los
abismos sin fondo donde moran los
marítimos monstruos.

Y entonces mi corazon se hiela de
espanto, y pienso deb. ser una ter-
rible muerte la del que muere abo-
gado. Una terrible muerte, sí,
pues que no es una muerte que con
el sueño de cada día estamos ensa-
yando durante toda nuestra vida;
no es tampoco esa muerte que con-

no es tampoco esa muerte que con-

siste en dormirse una vez más sobre la almohada en que uno se ha dormido cada noche por espacio de treinta, cincuenta ó más años, sino que es una muerte mezclada de ira, de lucha, de desesperación; una muerte tanto más horrorosa cuanto que es en medio de la fuerza, de la salud, de la misma vida.

Y entonces mis labios se entreabren involuntariamente, buscando las palabras de un rezo, quizá olvidado, y entonces me digo: Qué sería de esos á quienes la muerte sorprende en medio de la inmensa soledad de los mares; qué sería de esos cuyos gritos de dolor y de desesperación son ahogados por el estrépito de los vientos y de las olas; qué sería de ellos si no supiesen que en aquel instante supremo una simple invocación al cielo, la sola palabra de un rezo, por débil que salga de entre sus labios, atraviesa por entre el rugido de la tempestad y llega virgen y pura á los oídos del Señor?

Victor Balaguer.

LA CIENCIA.

No sólo es verdad en el mundo de la Naturaleza el fenómeno del espejismo, sino que éste es universal y permanente en el mundo del espíritu. Al mirar el hombre al cielo, suele ver divinidades, infierno y gloria; mas estas cosas no son más que reflejos vivos de la tierra, de las ideas, de los deseos y de las desdichas y venturas humanas. Aun en política hay espejismos. Lo que se conoce con el pomposo nombre de principio de autoridad, es la libertad misma de todos los hombres, condensada en la soberanía de uno solo. La ignorancia únicamente ha podido consentir en la usurpación cometida por los dioses y el rey contra la Humanidad.

La ciencia se encarga de concluir con tantas preocupaciones, haciendo comprender que sobre el hombre, como sobre la Naturaleza, sólo existen fantasmas, sin realidad ni vida propia.

Pablo Correa y Zafrilla.

LA PATRIA.

La idea de patria, según un ilustre pensador, va ensanchándose á medida que crece la distancia en que la formamos. El vecino de humilde villorrio, que accidentalmente se halla en la capital de la provincia, tiene por patria á la aldea en que nació y en que residen todas sus afecciones; si el aldeano pasa á la capital de su país, ya considera como patria la provincia ó región á que pertenece su aldea; cuando, más andaz viajero, sale de su país

y viaja en extraño suelo, su patria es la nación entera.

El vecino de Sevilla, en Andalucía, se titula sevillano; en Castilla, se llama andaluz; en Francia, se considera español; en América, es europeo; si fuera dable realizar los sublimes ensueños del astrónomo poeta Mr. Flammarion, cuando el viajero que consideramos habitara en otro planeta tendría por patria la tierra, y si en alas del espíritu, para el cual no hay ni imposibles ni infinitos, se trasladase lejos del universo, todo el universo sería su patria.

Todo el mundo es mi patria, todo el género humano es mi familia.

Pero si es exacto que las ideas de familia y de patria van ensanchándose á nuestra vista á medida que de ellas nos alejamos, es evidente también que ese ámplio sentimiento pierde en intensidad lo que gana en grandeza: si de la sublimidad de las altas concepciones generales descendemos á lo ordinario de la idea particular, el habitante del universo se siente más apegado á la tierra de que forma parte; á la región del mundo en que vive; á la nación, cuyas costumbres y cuyo idioma conoce; al pueblo en que reposan las cenizas de sus mayores, y en que amó por primera vez; á la familia que le rodea, y, descendiendo al último escalon, á él mismo: manifestación última del egoísmo.

Por eso la idea de patria que, elevándose ó descendiendo es una fase particular del egoísmo, sólo seduce en momentos dados, y sólo es grande cuando á su sombra se combate la injusticia ó la iniquidad.

Si en este caso, á la idea de patriotismo, que es la idea del derecho, va unido el dulce y hermoso sentimiento de la caridad, toda alma noble siente hacia esa idea la atracción de lo bueno, de lo bello, de lo verdadero.

Eso explica cómo el propósito que ha inspirado este libro mereció desde el principio el aplauso unánime de todos los españoles, aplauso al cual uno con entusiasmo el el suyo el escritor humilde que solicita perdón por haber emborrinado estas páginas.

A. Sanchez Perez.

Servir á la verdad, es heroísmo. Predicarla, virtud que no conviene; mas yo siento por ella fanatismo, y es porque la verdad, para mí tiene la atracción misteriosa del abismo.

Manuel del Palacio.

IDEA DE LA CARIDAD.

En presencia de las grandes desgracias no se piensa, se siente con toda el alma. Una lágrima asoma, y corre por los nervios algo que nos diviniza. Nos sentimos en las víctimas: sus dolores nos duelen.

Somos capaces de heroicos sacrificios. Resonadores delicados, las emociones son al unísono en todos: es, más bien, una sola la emoción. Se da lo que se posee: se enjugan las lágrimas del prójimo, derramando las propias. ¡Qué sentimiento tan sublime! Se le llama CARIDAD.

¿Sabeis lo que es la caridad?

Virtud que nos mueve, dicen, á dar ó hacer algo generosamente, gratuitamente, sin estar obligados: una limosna, un donativo que no se debe de derecho.

¡Qué error tan profundo! ¡Qué desconocimiento de la idea de justicia!

La caridad, tan hermosa, tan sublime, tan santa, no es más que la justicia en estado embrionario.

La dignidad humana, purísima esencia de lo justo, rechaza la caridad como humillante. Esa limosna, esos tan generosos donativos, son para el desgraciado mezquinos rudimentos de una reparación que irá perfeccionándose, á medida que en el orden social vaya resplandeciendo la justicia.

Felices los hombres cuando ostente sus brillantes alas, la que es hoy crisálida modesta: ¡felices, cuando ese primer albor, llamado caridad, desaparezca ante el fulgente sol de la JUSTICIA!

Domínguez Sanchez Yago.

EL VAPOR QUE SE VA Y EL VAPOR QUE VUELVE.

Negra columna de humo sale de su chimenea, y lanzando un relincho de caballo impaciente, arranca barrenando las olas con su hélice. Aún se despiden desde el vapor un pañuelo blanco de un pañuelo negro que se mece triste y ansiosamente desde la orilla. Unid ese punto negro y ese punto blanco que se destacan en el cielo dorado de las playas mediterráneas como una pluma de cuervo y una pluma de paloma... unidos con una línea imaginaria. Tendreis la línea recta del amor.

Agita el pañuelo blanco un mozaibete. Agita el pañuelo negro una viuda. La madre y el hijo se separan. ¡Y no se viste de luto la tierra! «Los elementos—ha dicho Shakespeare—son crueles porque rien cuando el hombre llora.»

Una mujer que se separa de su hijo y no sabe si está vivo ó muerto, sufre mil angustias por segundo. ¡Qué sabe cada crepúsculo si aquel sol que se ve habrá visto el crespon mortuario del ser idolatrado?

Por eso la viuda que vió alejarse á su hijo volvía todas las tardes al puerto á la hora de entrada y salida de los vapores de Africa.

Cuando veía que un vapor se marchaba, depositaba una esperanza en su bandera. Acaso al volver trajese á su hijo.

Cuando veía que un vapor regresaba, como nunca bajaba de él ese hijo; creía aquella hermosa nave tripulada por la muerte.

Dios le otorgó ochenta años de vida y empleó cuarenta en ver irse y volver los vapores de Africa. Fué aquel dolor paucienzudo y tenaz. Hubo en aquella alma fibras que romper todos los días. Su dolor fué, por cuarenta años, una gran agonía sin muerte.

Y cuando estaba muriéndose oyó desde su lecho mísero el silbido de un vapor que anclaba.

Dios envió un ángel á la cabecera de la pobre mártir.—El Señor te concederá el premio que quieres por tus penas llevadas con resignación—dijo el ángel á la madre.

Y la madre le pidió al Señor, por premio de todas sus torturas, cinco minutos más de vida.

Para ver si en aquel vapor llegaba su hijo.

J. Ortega Munilla.

LA CARIDAD.

TRAS LOS DESASTRES DE SAIDA.

SONETO.

¡Cómo no amarte con sin par respeto,
Si aún te oigo imponer leyes divinas
A las sangrientas aguas tiberinas,
A las horribles fauces del Taigeto!
¡Cómo no amarte, si aceptando el reto
De tus más antitéticas doctrinas,
Con tanto acierto tu valer combinas.
Que á un mundo impones tu inflexible veto!
¡Cómo no amarte, cariñosa estela,
Si aún te quiere mirar mi fantasía
Siendo el iris de Murcia y Orihuela!
Si tras la sombra de barbarie impía
Suspirante te haces á la vela
Hacia Saida y Orán desde ALMERIA!

Domingo Arjona Casado.

Granada, 28 de Julio.

LA ORACION.

La oración es la expresión más universal y legítima de la relación del hombre con Dios, y una de las deducciones más aparentes y lógicas de la existencia divina; y ello es indudable que el racionalista, al negar la utilidad y la eficacia de la oración, suponiendo que no puede ser eficaz á causa de la inmutabilidad de las leyes naturales y de la voluntad divina, prepara el camino al partidario del positivismo materialista para afirmar que el mundo

se rige por la ley del fatalismo, y que es una ilusión la libertad humana.

Fray Ceferino Gonzalez.

EL DESEMBARQUE

Apénas la luz se nota de la cándida mañana, cuando la ciudad, al puerto en tropel confuso baja por las brisas matinales dulcemente acariciada.

«Valor y no acobardarse
¡haz que vuelvan virgen santal
¡infelices los que quedan!
«salve Dios á los que faltan.»

Así entre la muchedumbre un murmullo se levanta, al que hacen eco las olas que se estrellan en la playa, cuando allá en el horizonte á la claridad del alba,

se ve una pequeña sombra que pausadamente avanza; es la cariñosa mano que Dios tendió á la desgracia,

es la nave, mensajera de la caridad cristiana, que de viles foragidos burlando las asechanzas,

mil infortunados seres conduce á la madre patria. Ya majestuosa se acerca, ya se distingue más clara en el líquido elemento trazando surcos de plata.....

La tripulación en tanto sobre cubierta, apiñada, en su afán de ver la tierra, dulce objeto de sus ansias, de tan crítico momento mientras la emoción la embarga, de amor y bienes perdidos amortigua la nostalgia.

Ya la nave llega al puerto, ya en el mar hunde sus anclas cuando el sol entre las nubes lentamente se levanta mostrando á los que regresan el puro cielo de España,

¡qué aspecto el de aquella gentel ¡cuánta pena, cuántas lágrimas!
¡qué de ilusiones perdidas!
¡qué de muertas esperanzas!

pobres huérfanos desnudos, tristes viudas desoladas, viejos que entre dos muletas con dificultad se arrastran; vense en aquel triste cuadro tales desdichas y tantas,

que el que no se conmoviera tendría de bronco el alma. En torno á cada inmigrante queda la gente agrupada, escuchando mil historias de horrores y de desgracias.

Todos cuando las escuchan en su mal los acompañan, y hasta las aves suspenden su vuelo, por escucharlas.

Entre tanto, la bandera en el mástil desplegada, dice á los pobres viajeros como emblema de la patria: Buscad la dicha perdida en la oración y la calma;

que de nuestros ofensores yo sabré tomar venganza, puesto que á mis dignos hijos esfuerzo y valor no faltan para hacer morder el polvo á las horlas africanas.

Juan M. de Capua.

UN DUELO EN VISAYAS.

Soy yo algo incrédulo, por lo que neguéme á darlo como bueno, es decir, como exacto, á pesar de leerlo con mis propios ojos; y no una, sino varias veces.

No vaya por este preámbulo, un si es no es alarmante, á pensar el lector que se trata de una cosa del otro juéves; es de Visayas, y con el atenuante, en verdad necesario, de que no forma la costumbre de todos aquellos pueblos. Se refiere á uno solo, según me lo escribió un amigo por todo extremo servicial, y es digno de contarse, aunque guardando, por exigencia discretísima de la misma solícita amistad, la más profunda reserva en cuanto al nombre del pueblo:

No quiere mi amigo, residente en él hace la friolera de veinte años, que leído este artículo allá le atribuyan haberme venido con el cuento, y me parece que le doy gusto.... Si después de estos reparos y circunloquios no lo adivinan, ciertamente que no será por culpa mía. Para los que le conozcan y sepan su constante correspondencia conmigo, tan claro está como el agua.

Y hasta de exordio.

Resulta, que cuando en N.—llamémosle así al pueblo en secreto—muere un indio ó una india, se reúnen los parientes y amigos para rezar por su alma, operación piadosa que dura nueve días, los siguientes, como es natural, á la defunción.

A la caída de la tarde del día noveno, tiene lugar el *duplo*; y *duplo* es lo que á seguida verá el curioso lector.

Cubren con una tela negra el testero de la principal habitación de la casa, y forman un adorno á modo de dosel, en cuyo fondo pintan, como saben y pueden, ó bien las ponen de papel recortado, diez ó doce calaveras. Elevan debajo de éstas una especie de catafalco inundado de luces, y cuelgan en todas partes cuantas estampas de santos tienen los parientes del que fué ó la que fué.

A las ocho en punto de la noche da principio el último rezo, que suele durar como una media hora, y desde el instante mismo de haber concluido, es hecha la entrada en la casa mortuaria á todo el mundo, en previsión de lo cual han tendido antes en el suelo buen número de petates; como si dijéramos, ponen sillas para que los huéspedes tomen asiento.

No hay, repito, en tan singular manera de sentir el dolor, tal ó cual privilegio para los parientes del finado. Reina entre los que acuden la más completa igualdad, por lo que se confunden sin distinción los propios y los extraños.

Tendidos, pues, los petates, y acomodados en ellos los presentes, empieza una especie de misa que dura una hora, y en la que se cantan los salmos de David.

empieza una cena de mortuaria, platano y otras cosas de las no menos

sobrias y digestivas. Terminada que es la saludable reparacion de las fuerzas estomacales, el más anciano hace de príncipe, y una india, joven ó vieja, que en ésta la edad es indiferente, de princesa. En derredor de aquél se sientan seis ó ocho hombres, é igual número de mujeres en derredor de ésta. Los tales Indios reciben el nombre de *bellacos*, y el de *bellacas* las Indias.

A la cabeza del corro, y superior á todos en categoría, colócase otro indio diestro en el juego, á quien titulan *dueño de jato*; y una vez cada cual en el sitio que le corresponde da comienzo el *duplo*.

El *dueño de jato* dice pomposa, grave y solemnemente dirigiéndose al príncipe, á la princesa, á los bellacos y á las bellacas, mientras los demás circunstantes, atentos al desempeño del *duplo*, no pierden un movimiento ni una palabra.

—En la calle de..... todos mis bellacos y bellacas mataron.

—No hay tal, *dueño*,—contestan los aludidos.

—¿Pues quién mató?—pregunta el *dueño de jato*.

—Mató tal ó tales bellacas,—responde uno cualquiera de los bellacos.

—No es cierto,—contestan aquéllas.

—¿Pues quién mató?—insiste el *dueño de jato*, más serio que la seriedad misma.

—Ese bellaco,—dice una, eligiendo, por lo general, al que más aprecia.

Al llegar aquí, el bellaco designado no tiene más remedio que echar un *duplo*, es decir, improvisar una copla, la cual suele ser tan poética é inspirada como supondrá desde luego el que leyere, advirtiéndole, porque no estará demás el advertirlo, que en dichas coplas ó *duplos*, sobre ser libre el tema ó punto, que casi siempre es alegre ó de batallas, hay verdadera licencia poética, pues unas veces acuden, estropeándolas sin miramientos, á relaciones de comedias ó romances del país, y otras á la improvisacion por todo lo alto.

Acúsanse unos á otros de la muerte, y de esta manera continúa el duelo hasta las mil y quinientas, sin que los actores del *jato* se fatiguen, ni los espectadores, que se chupan los dedos de gusto, den la más leve muestra de cansancio.

Como todo, empero, no ha de ser tortas y pan blanco, si el acusado tarda en improvisar, el acusador le sacude de lo lindo con un pedazo de tela que, al efecto, tuercen y retuercen hasta convertirla en un zurriago.

Así pasan la noche, y de esta suerte alivian la pena de la familia del pobre difunto.

Dígame por su vida el lector, ya que le he puesto al corriente de esta extraña costumbre, si no tenía yo razón para dudar, cuando leía la

carta de mi amigo, de la exactitud de duelo tan singularísimo.

Y, sin embargo, es muy cierto.

Francisco Cafiamaque.

EN LOS CAMPOS DE SAIDA

¿Dome encuentrof? ¡Por qué los nublosojos No ven de mí en redor sino es que niebla, Y entre ella piras de humo que se extienden Del ancho llano á la empinada sierra,

Y del humo mil manchas carmináceas A trozos juntan las negruzcas trenzas! ¿Acaso es este sitio el decantado Donde se encuentran las terribles cuevas, Morada del espíritu maldito,

Y en este instante da un festín en ellas? Parece ser verdad... Aquestos campos Tienen otro color que no se encuentra

En los campos queridos que me vieron Vagar dichoso en sus amenas selvas. Estos negros, aquéllos con verdura; Estos carecen á un de yerba seca;

En aquéllas hay flores, hay arroyos, Aquí tan sólo calcinada tierra:

Allí trinan las aves con ditzura; Aquí no vierten ni una triste queja,

Y si alguna tal vez pasa volando, Imprimiendo en sus alas mayor fuerza, De estos sitios horribles espantada, El rauda vuelo presuroso aleja.

De mi patria en los montes seductores se oye la flauta del pastor, que suena Con notas cadenciosas, que repite oculto el eco en la enramada espesa:

Se oye el canto de la zagala hermosa Que vaga por la placida ribera,

Y el arroyo de plata que murmura Descendiendo del monte á la pradera.

¡Aquí!... silencio sepulcral, horrible... Sólo con voces de infernal caverna

Se oye un ¡ay! y un ¡bíos mío! y un ¡madrel! Y aquel rugido por instantes cesa;

Y luego... cercano... más cercano se oye Un ¡patria mía! en dolorosa queja.

Y luego otra voz un ¡esposa amada! Y luego un ¡hijo! que de espanto hiela.

Y luego, al fin, como tromba desatada Que monte y llano con su estruendo llena, Cien voces espirantes que se esparcen

En alas de los vientos, por la tierra, Y entre el humo bridones que relinchan,

Y duros yataganes que golpean, Y miembros palpitantes que se agitan Del tórrido desierto en las arenas.

Y más allá, en el centro tenebroso Una matrona con las tocas negras, Suolto el manto á merced de la borrasca,

La caballera por la espalda suelta, Derrama de sus ojos divinales

Sangre trocada en abundantes perlas. Y un león á sus plantas se retuerce,

sacudiendo, erizada, la melena, Mostrando los colmillos sanguinosos,

Y rugiendo á la par con tal fiera, Que hasta el eco espantado no se atreve

Los gritos á copiar que da la fiera.

Miguel R. Aguado.

UN RECUERDO.

Sres. D. Francisco Llopis y D. José Alcázar.

Mis distinguidos amigos y compañeros:

Pidenme en su atenta invitacion de 31 de Julio, que preste mi humilde óbolo intelectual á la nobilísima idea de publicar un Album titulado ALMERIA-ORÁN, para dedi-

car los productos de esta obra á los repatriados del Africa francesa, y desde luego voy á llenar este sagrado deber, como español, como hijo de un país que casi linda con esa hermosa provincia, y como *insensato* que soy, por mal ó bien de mis pecados.

Al efecto, voy á reproducir un recuerdo del *tiempo viejo*, como diría nuestro eminente poeta D. José Zorrilla, y acaso en el mismo encuentren Vds. algo que tenga una triste analogía con los horribles sucesos que hoy lamentamos, y acaso tambien esa ciudad de Almería, tan querida para mí, halle algunos renglones que puedan aplicarse á su historia.

Allá por los años de 1843 al 44, el provincial de Almería, núm. 39, de la reserva entónces, estaba bajo el mando de su valiente y noble coronel D. Luis de Gualda, hijo de la villa de Alhabia, que es la más importante de la morisca Tahá de Marchena. Aquel cuerpo había venido del fondo de Cataluña donde ennoblecíó su bandera durante los siete años de la primera carlista, y pasó, despues de estar algun tiempo en Almería, á dar guarnicion á Melilla, en aquella sazón asediada pertinazmente por cinco kabilas de las que habitan desde el cabo de las Tres Forcas hasta las dilatadas salinas que se extienden hacia el Mediodia, al pié del *Gurugú*.

Melilla, como todo el mundo sabe, está fundada, digámoslo así, en la clave del gran arco que forma la costa tingitana, desde el mencionado cabo de las Tres Forcas hasta el golfo de Orán. Al Este se descubren las peñascosas Chafarinas y en la misma direccion, corriéndose hacia el Sur, se alzan envueltas en el vapor caliginoso del cielo africano, las montañas de Isly, donde fué derrotado por el general francés Bugeau, Abd-el-Kader y el hijo del entónces emperador de Marruecos.

Una noche (creo que fué en Enero ó Febrero de 1844) el mar estaba agitado por el viento nordeste y gruesas olas iban á estrellarse sobre las rocas madre-poricas que sirven de cimiento á Melilla por la parte del Mediterráneo. En este paraje háy un pequeño desembarcadero abierto en piedra viva, y como la plaza está situada en la cumbre, para penetrar en ella, es preciso atravesar un rastrillo, que era de madera; penetrar luego en un reducido espacio, donde había una guardia llamada *Florentina*, compuesta de cuatro soldados y un cabo, y á continuacion cruzar un túnel, con una puerta á la entrada y otra á la salida, ademas de sus correspondientes rastrillos.

Quando á la caída de la tarde el capitán de Navas cerraba todas las puertas de la plaza tanto las de la línea exterior por la parte del campo, cuanto las de los demás recintos fortificados, la guardia de *Florentina* quedaba desfilada entre el pedregal de desembarcadero y el túnel.

sin otra comunicacion con la plaza que la que pudiera recibir desde lo alto de la muralla. Las rondas nocturnas, cuando pasaban por ella, se asomaban al muro, preguntaban si habia novedad, contestaba el centinela desde abajo y pasaban de largo.

Una noche.... es decir, en aquella lúgubre noche del mes de Enero ó Febrero de 1844, eran soldados del provincial de Almería los que cubrian el servicio de *Florentina*; gruesas nubes rodaban por el firmamento y la natural lobreguez se aumentaba con la sombra que proyectaban los vapores tempestuosos que venían del nordeste: rugían las olas en las rocas vecinas y el eco quejumbroso de las agitadas ondas se perdía á lo lejos en el fondo de la costa. A eso de las diez la primera ronda pasó por lo alto de la muralla y asomándose al borde el sargento Damian, que era el acompañante obligado de aquel servicio nocturno, hizo la pregunta de costumbre.

—*Florentina*, ¿hay novedad?

Pero un silencio lúgubre fué la contestacion que recibió. El centinela no habia dado la respuesta ordinaria. Creyeron el oficial que mandaba la ronda y el susodicho sargento Damian, que á causa de los silbidos del viento y de los pavorosos rugidos del mar no habia podido oír el centinela el llamamiento y por segunda y tercera vez hicieron la anterior pregunta, esforzando la voz todo lo posible. Pero el mismo silencio de antes fué la contestacion que obtuvieron. Convencidos de que alguna causa extraordinaria era la de no tener respuesta, el sargento Damian fué corriendo al Hospital que estaba inmediato, trajo una cuerda, ató á una de sus extremidades el farol alumbraba al centinela, caido en el suelo en medio de un charco de sangre!

Inmediatamente dieron cuenta al Gobernador, que era el Brigadier D. Demetrio María Benito; éste dispuso que se pusiera la guarnicion sobre las armas, y con las precauciones debidas se abrieron las puertas y rastrillos que conducían á *Florentina*, descendiendo á dicha guardia el mencionado Brigadier, el Coronel D. Luis de Gualda, el Mayor del cuerpo que lo era don José Porcel, además de un fuerte destacamento que los acompañaba.

Un silencio de muerte reinaba en aquel paraje: el centinela, atravesado por diversos golpes de guma, apenas conservaba un resto de vida; el rastrillo que comunicaba con el desembarcadero estaba abierto, y cuando entraron en el cuerpo de guardia, todos vieron con horror que el cabo y los tres soldados se hallaban asesinados. El cabo vivía aún, pero los demás estaban muertos.

En medio del espanto que producía aquel espectáculo, fué necesario tomar algunos antecedentes, y el centinela pudo declarar que se habia presentado un moro en la puerta exterior del rastrillo, diciendo que trala *hueso*, lo cual, en el lenguaje especial de los riffeños, significaba que conducía algun ganado para el abastecimiento de la plaza; cosa que no era la vez primera que ocurría el que aquella gente nómada y montaraz trajese, nadando por mar, algunas reses vacunas. El centinela dió crédito al moro, y en contra de la consigna recibida, le permitió que permaneciese en el desembarcadero. El moro suplicó enseguida que á causa del frio y del agua que las olas arrojaban sobre él, le permitiese entrar en el cuerpo de guardia, hasta tanto que al dia siguiente se abriesen las puertas de la plaza, á lo cual accedió por último el desdichado soldado.

Abrió el rastrillo, y caer sobre él cuatro ó cinco moros, fué cosa de un momento, acribillándolo á puñaladas; despues entraron en el cuerpo de guardia, donde los demás soldados estaban dormidos y acabaron con ellos. El cabo declaró que al sentir la primer herida despertó y luchó largo tiempo con un moro, hasta que, atravesado por varias partes, se fingió muerto. Consumada aquella obra de ferocidad, los moros se volvieron á arrojar al mar, desapareciendo entre las tinieblas.

En aquella misma noche murieron el centinela y el cabo, y al dia siguiente, indignada la guarnicion y deseando tomar venganza de tan bárbara alevosia, preparó el lanchon de la plaza, se embarcaron en él algunos soldados al mando de un oficial que acaso era hijo de la provincia de Almería, llamado, si no recuerdo mal, D. Pedro Trell, y envistieron contra un *carabo* que iba en demanda de Orán. Allí pasó una escena sangrienta y terrible, y las aguas del Mediterráneo se mancharon de abundante sangre mora.

He creido oportuno reproducir este episodio para demostrar que esa capital, aunque en pequeña escala, ya tiene de antes dolorosos agravios que lamentar de la fé punitiva de los africanos. Hoy es Bu-Ame el verdugo de las hecatombes de Saida; entónces fué un tal *Jame-teerde* el principal autor del degüello de *Florentina*. Estuvo preso, no se le pudo probar nada, y se le puso en libertad, en vez de haberlo fusilado, porque el destino nuestro es perder siempre cuando se trata de las cosas de Africa.

Dispensen Vds. si al exponerles un recuerdo del tiempo viejo, tengo que apelar á un tristísimo acontecimiento que acaso aumente el luto y la indignacion de que todos estamos poseídos; pero cabe otra cosa cuando el alma está dormida por el horrendo cuadro que ofrece lo que ha sucedido en la provincia de

Orán? Vds. con su ilustrado y humanitario pensamiento lo dirán. Si mi óbolo es funesto y lamentable, lamentables y funestas son las causas que lo producen. En tanto tiene el honor de saludarles, el que, identificado con su bella y generosa empresa, se ofrece como su más *intenso* amigo s. s. q. b. s. m.

Torcuato Tarrago.

AYER Y HOY.

Ayer, sangre, niebla oscura,
pesares, pavor, quebranto;
grito, muerte, desventura,
y sobre mares de llanto
la nube de la amargura.

Hoy, su dulce claridad
la fé vierte en lotananza
y rompe la oscuridad,
sobre el mar de la esperanza
el sol de la caridad.

Narciso Díaz de Escobar.

LA HIPOCRESÍA.

Entre todos los vicios que á la humana sociedad aquejan, es el peor de todos este de la hipocresía, por el cual los seres se muestran en la apariencia adornados de grandezas y condiciones de que en realidad carecen.

La mayor parte de los vicios, no obstante de lo que degradan y en vilecen, revelan en la franqueza de sus manifestaciones, energía, virilidad y valor personal en quien los resiste, en tanto que la hipocresía, cobarde y astuta siempre, anida sólo en corazones débiles y fementidos, incapacitados para todo lo grande y para todo lo bueno.

La tiranía de las creencias, de las preocupaciones y de las costumbres que exige que el hombre sea como suponen que debe ser, ahogando toda iniciativa individual, es la causa única y exclusiva de la hipocresía.

El Gran Galeoto (ya que el señor Echegaray ha vulgarizado la frase) del hipócrita, lo es la sociedad, hasta el punto que, respetándola y tolerándola, prefiere la hipocresía á la ingenuidad del que dice en voz alta lo que todo el mundo piensa y hace *sotto voce*, por contrario que sea el patron y norma preestablecidos por las venerandas tradiciones. Porque, como decía el inmortal Figaro, no recuerdo en qué lugar y forma; el gran arte de la vida consiste en callar lo que se piensa y pensar y medir lo que se dice.

Cuando las leyes divinas, por ejemplo, se hallan en oposicion con las leyes naturales, como éstas han de cumplirse necesaria y fatalmente, la hipocresía entónces ordena ceder y practicar en su obediencia

en secreto ley de

gundas y adorar en efígie las primeras. Si entre los mandamientos del Decálogo hubiera uno que dijera: *Sexto; no jugarás*, estad seguros de que el hipócrita explotaría una ruleta defendiendo á tiros, sin embargo, el Decálogo, á la manera que el rayo del sol penetra por un cristal sin romperle ni mancharle.

Vicente Colorado.

LA PROTECCION.

¡Ah, señores proteccionistas! cuando vosotros habláis de los obreros, de las fábricas sin trabajo pidiendo cuenta de su miseria al libre-cambio, yo no puedo ménos de volver la vista á este horrible cuadro de sangre española vertida en tierra extraña, de girones de honras de mujeres, de cunas de niños vacías, de cadáveres mutilados, pudriéndose bajo el ardiente sol de Africa, á donde fueron á buscar el pan que en España les negaba la madre patria, y pido cuenta de tantos horrores á la proteccion.

Segismundo Moret.

LUZ Y SOMBRA.

Ayer, las concepciones gigantescas de una raza potente y pensadora; hoy, las matanzas y hecatombes bárbaras de las salvajes africanas hordas.
Ayer, las maravillas de la Alhambra, hoy, de Sáida las luchas espantosas; Ayer, la luz de la brillante vida,

hoy, de la muerte las oscuras sombras.
¡Y mañana! Si el curso del progreso lleva doquier sus leyes redentoras, si la cultura, como sol radiante, de la ignorancia las tinieblas borra: ¡Oh! ¿quién lo duda? el porvenir dichoso será de paz y bienandanza y gloria, y de la vida brotarán los gérmenes donde hoy los frutos de la muerte brotan.

Plácido Langlé.

A FRANCIA.

Si es verdad que Francia desde 1830, fecha memorable en su historia colonial, por la expedición y toma de la Argelia, despues de continuadas luchas que valerosamente soporta, ha abierto vias militares y ejecutado grandes trabajos en los puertos y en el interior de ella;—si es verdad que sojuzga, desde hace más de medio siglo, en el terreno exuberante que huella, y que tiene derecho á mostrarse orgullosa del progreso de sus armas y de su obra inteligente y civilizadora en el Norte de Africa, á la que todavia no ha dado cumplido remate;—verdad debe ser tambien, para honra suya y justísima reparacion nuestra, que evitará en lo sucesivo hecatombes como la horrible de Sáida, en la que perecieron alevosa y vilmente asesinados, centenares de hijos de esta noble y potente raza española.

Antonio M. Duimovich

Almería, 1881.

Á NUESTROS COLABORADORES.

Los iniciadores de esta obra no pueden prescindir de manifestar aquí su inmensa gratitud á las distinguidas personas que firman los escritos contenidos en ALMERIA-ORAN. A esas personas, todas grandes ilustraciones del país, deberán los pobres repatriados el socorro que les proporcione la venta de esta obra. Tambien tienen los que suscriben, la obligacion de dar las gracias más rendidas á la prensa periódica de toda España, por la benévola acogida que dispuso al pensamiento de esta publicacion. Siempre la prensa responde á toda idea generosa. En esta ocasion, el concurso de la que honra á nuestro país, ha demostrado como siempre la nobleza de sus sentimientos, prestándonos con el mayor desinterés toda su cooperacion para el mejor éxito de nuestra empresa. Por último, debemos hacer constar que los autógrafos de los eminentes escritores D. Salustiano Olózaga, D. Pedro J. Pidal, D. Antonio Aparisi y Guijarro, D. Angel Fernandez de los Rios, D. Modesto Lafuente, D. Pedro Mata, D. Manuel Breton de los Herreros, D. Antonio Hurtado, doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, D. Ventura Ruiz Aguilera y D. Pedro Monlau, pertenecer á la rica coleccion que posee nuestro amigo el Sr. Frontaura, quien nos ha facilitado graciosamente los grabados para que figuren en las columnas de ALMERIA-ORAN.

Los Directores,

Francisco Lloplis.—J. Alcázar.

Imp. de Góngora y C.ª, S. Bernardo, 85.

ANUNCIOS.

LAS NACIONALIDADES

REVISTA SEMANAL, ILUSTRADA, POLITICA Y LITERARIA

DIRIGIDA POR

D. ALEJO GARCÍA MORENO

CON LA COLABORACION DE DISTINGUIDOS PUBLICISTAS.

PRECIOS DE SUSCRICION			
ESPAÑA.	ULTRAMAR Y EXTRANJERO.		
Un año.....	40 rs.	Un año.....	4 pesos ó 20 francos.
Seis meses.....	22 "	Seis meses.....	2 pesos ó 10 francos.
Tres meses.....	12 "		

Número suelto, un real.—Número atrasado dos reales.

Esta Revista se publica todos los sábados y contiene 16 grandes páginas á dos columnas, papel glaseado. Los que deseen suscribirse habrán de hacerlo desde 1.º de Junio, ó sea desde principio del tomo 2.º y lo ménos por un semestre. Los nuevos suscritores que deseen adquirir lo publicado ó sea el tomo primero, pueden hacerlo remitiendo 30 reales má en vez de 40 que vale para los no suscritores.

PUNTOS DE SUSCRICION.—España: En la Administración, Ancha de San Bernardo, núm. 52, en casa de nuestros corresponsales, y en las principales librerías de Madrid y provincias.

ALMERÍA-ORAN.

De esta excelente publicación se hacen dos ediciones. Su precio será el siguiente:
Edición de gran lujo, 5 pesetas cada ejemplar.
Idem económica, 1 peseta.

PUNTOS DE VENTA.

En Almería, casa del Sr. Administrador de esta obra, D. Plácido Moreno Lopez, calle del Emir, núm. 11.
En Madrid, casa de los Sres. Góngora, editores, calle Ancha de San Bernardo, núm. 52, pral.

GÓNGORA, EDITORES, ANCHA DE SAN BERNARDO, NÚMERO 52, MADRID

PUBLICACIONES DE ESTA CASA.

REVISTA DE LOS TRIBUNALES

PERIÓDICO DE LEGISLACION, DOCTRINA Y JURISPRUDENCIA

DIRIGIDO POR

UN CONSEJO DE REDACCION

FORMADO POR LOS

Excmos. Sres. Alonso Martínez (D. Manuel), Martos (D. Cristino), Pedregal (D. Manuel), Pi y Margall (D. Francisco, y Romero Girón (D. Vicente).

CON LA COLABORACION DE EXMINENTES JURISCONSULTOS, NACIONALES Y EXTRANJEROS

PRECIOS DE SUSCRICION.		
MADRID.	PROVINCIAL.	EXTRANJERO Y FILIPINAS
Un año. Pesetas 21	Un año. Pesetas 25	Un año. Pesetas 40
Seis meses. 11	Seis meses. 13	CUBA Y PUERTO-RICO.
Tres meses. 6	Tres meses. 7	Un año. pesos oro. 7

COLECCION DE OBRAS Y FOLLETOS

DE LA

REVISTA DE LOS TRIBUNALES.

Repertorio de Jurisprudencia Criminal.—Dos tomos, que comprenden las sentencias del Supremo hasta 1.º de Enero de 1880, 80 rs.

Repertorio de Jurisprudencia Hipotecaria.—Que comprende todas las Resoluciones de la Direccion de los Registros de la Propiedad, etc., hasta 1.º de Enero de 1880, 24 rs.

Repertorio de Jurisprudencia Civil Española.—Parte 1.º—*Recursos de nulidad y casacion.*—Tomo 1.º *Recursos de nulidad.*—Que comprende las sentencias publicadas hasta 1.º de Enero de 1880, 32 rs.
Tomo 2.º *Recursos de casacion.*—Que

comprende las publicadas hasta fin de 1880, 40 rs.

Tomo 3.º *Recursos de casacion.*—Un tomo voluminoso, que comprende las publicadas desde 1.º de Enero de 1861 hasta fin de Diciembre de 1863, 60 rs.

Tono 4.º *Recursos de casacion.*—Que comprende las publicadas desde 1.º de Enero de 1864 hasta fin de 1886, 60 rs.

Tomo 5.º—Se halla en prensa y quedará terminado á la mayor brevedad, al cual seguirán los restantes.

CASTELLAR.—*La Codificacion civil,* con un resumen de las legislaciones forales.—Memoria leida en la Academia Matritense de Legislacion y Jurisprudencia; un folleto en 4.º, 6 reales.

TORRES CAMPOS.—*La Pena de Muerte* y su aplicacion en España; un folleto en 4.º, 6 reales.

FALCON.—*La Codificacion civil;* Bre-

ves indicaciones sobre la misma, 4 rs.
PROGRAMAS para los ejercicios de oposicion á las plazas de aspirantes al Ministerio Fiscal, 4 rs.

PROGRAMA de Preguntas y Temas para las oposiciones á las plazas de aspirantes á Registros de la Propiedad, 4 rs.

CONTESTACION al Programa anterior.—Consta de cuatro cuadernos: el 1.º Cuestiones de Derecho civil; el 2.º Idem de Legislacion hipotecaria; el 3.º Legislacion Notarial, y el 4.º Cuestiones de Derecho Administrativo, Legislacion del Impuesto sobre Derechos Reales y Trasmision de bienes, Procedimientos judiciales, 50 y 52 reales.

Cuestiones de Derecho civil 6 indicaciones generales para la contestacion á los Temas de Derecho Civil que contiene el Programa de oposiciones á Registros de la Propiedad; cuaderno 1.º 20 rs. y 2.º 12.

BIBLIOTECA JURÍDICA.

Tomo 1.º—**CARRARA.**—*Teoría de la Culpa y de la Complicidad,* 6 del grado en la fuerza física del delito, un tomo en 4.º mayor, 24 reales en España y 28 en el extranjero y América.

Tomos 2.º y 3.º—**FIGUEROA.**—*Derecho Internacional privado,* 6 principios para resolver los conflictos entre las diversas legislaciones en materia de Derecho civil y comercial, etc., dos tomos en 4.º mayor, 48 rs. en España y 56 en el extranjero y América.

Tomos 4.º al 9.º—**SAVIGNY.**—*Sistema del Derecho romano actual,* seis tomos en 4.º, 180 rs. la obra, y el de cada tomo es el de 28 rs. en España y 32 en Ultramar y en el extranjero.

Tomo 10.—**FIGUEROA.**—*Derecho Internacional Público,* tomo 1.º, 28 rs. Los 11, 12 y 13 verán la luz publica tan pronto como M. Figueo termine su *Derecho Internacional público.*

Tomos 14 al 17.—**BLUNTSCHLI.**—*Derecho público internacional,* cuatro tomos en 4.º, 20 pesetas.

Tomos 18 al 20.—**TISSOT.**—*Derecho Penal,* estudiado en sus principios, en sus aplicaciones y legislaciones de los diversos pueblos del mundo, 6 introduccion filosofica é historica al estudio del Derecho penal, tres tomos, 80 reales en Madrid, 88 en provincias y 92 en el extranjero y América.

TEXTO ANOTADO Y EXAMEN CRÍTICO Y COMPARATIVO

DE LAS

CONSTITUCIONES FEDERALES

de los Estados Unidos, Suiza, Alemania y los dos proyectos de las Constituyentes españolas de 1873, por

A. GARCÍA MORENO

Precio, 3 pesetas en toda España y 2 para los que se suscriban á *Las Nacionalidades.*

Los pedidos á la Administracion de esta Revista.

PRINCIPALES CONSTITUCIONES SUIZAS

INSTITUCIONES POLÍTICAS

NACIONALES, REGIONALES Y MUNICIPALES

DE LA CONFEDERACION HELVÉTICA

Con una extensa introduccion histórico-crítica y notas comparativas

POR

A. GARCÍA MORENO

Comprende, además de la Constitucion nacional con todas las reformas hasta 1880, y las regionales de la mayor parte de los cantones, varios reglamentos, leyes é instituciones municipales. Dos tomos, 16 rs. Seguirán las de los Estados Unidos de América.

BIBLIOTECA HISTÓRICA.

Tomo 1.º al 9.º—**MOMMSEN.**—*Historia de Roma,* nueve tomos en 4.º, 180 reales en Madrid, 190 en provincias y 204 en el extranjero y América.

Tomo 10 al 13.—**WEBER.**—*Historia Contemporánea (de 1830 á 1872),* cuatro tomos en 4.º, 80 rs. en Madrid, 88 en provincias y 96 en el extranjero y América.

Tomo 14.—**GARCÍA MORENO.**—*Introduccion á la Historia é Historia de España;* un tomo en 4.º, 30 rs. en Madrid, 32 en provincias y 34 en Ultramar.

Tomos 15, 16 17 y 18.—**MERIVALE.**—*Historia de los Romanos bajo el Imperio,* tomos 1, 2, 3 y 4, á 20 reales en Madrid, 22 en provincias y 24 en Ultramar y extranjero.

En prensa, el tomo 5.º

BIBLIOTECA FILOSÓFICA.

Publicados (tomos 1.º al 4.º) **TIERHAGEN.**—*GENERACION DE LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS,* en sus relaciones con la moral, la política y la religion; 2.º edicion, con la biografía y el retrato del autor; cuatro tomos en 8.º, 56 rs. en Madrid y 64 en provincias.

Tomo 5.º **GINER.**—*Estudios Filosóficos y Religiosos,* con un trabajo notabilísimo sobre Psicología comparada (el alma de los brutos); un tomo en 8.º, 12 y 14 rs.

Siempre he admirado a aquellos q' ponen su
inteligencia y su trabajo al servicio del pueblo.

Manuel Rivero Loizilla

Los tronos no son mas
que instituciones politicas
llamadas a satisfacer las
necesidades de los pueblos.

Augusto

La caridad ha sido siempre
una de las obras que he ad-
mirado con predileccion

Man' Alonso Martinez

Los Directores del Almeria - Oran

Muy Sr. mios:

Doy a V. V. mil gracias p' la forma
q' me dispensan pidiendome un p'cedimen-
to para el album q' proyectan publicar
en beneficio de los repatriados de Argel;
pero con mi natural franqueza de-
bo manifestar a V. V. que tan tobo una
vez en mi vida he hecho un p'cedimen-
to y resulto tan malo, como
hijo que era de un soldado, y des-
de entonces prometí no volver a dar
forma a las manifestaciones de
mis ideas.

L. de M. Altabasno, p'rs.

J. B. S. rec.

A. de C. S. rec.

(De los Cantares)

Audiencia de la fortuna,
pero el que acude a su audiencia
tiene que bajarle mucho,
porque es muy baja la puerta.

Diciendo está el cigarro
lo que es la vida,
juego de unos instantes,
humo y ceniza.

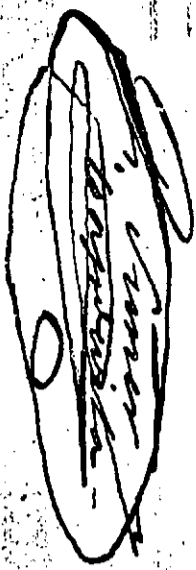
Forman la muerte y la ausencia
en el alma un cementerio
con nichos donde el olvido
va enterrando los recuerdos.

De jorobas del cuerpo
todos se burlan,
¿quién habrá que en el alma
no lleve alguna?

La casa de mi vecino
dos puertas tiene a dos calles,
cuando el hambre entra por una,
por otra la virtud sale.

De
Enteroa Ruiz

Aguilera



Diciendo me habes nacido
para ser conmigo la parte
de mi vida que me trae en
las manos que mis brazos
hacen en otros hombres.

De
Ruiz a M. de la Cruz

De
Ruiz a M. de la Cruz

De
Ruiz a M. de la Cruz
de la Cruz a Ruiz
de la Cruz a Ruiz
de la Cruz a Ruiz

De
Ruiz a M. de la Cruz

Los claros entendimientos, y sobre todo
buenos corazon en la aristocracia de Dios.
sobre otros hay un gran hada que en-
canto negro le viene, le cae; a
no ha de andar en suplicas; en ayun-
con gritos, en perseguir ante los tribunales
de justicia. Si no, no fue tan angos-
to el atand; si pudiera meter en el todo
de Dios, todas sus cosas y todas sus here-
dades, y hacerse todo a la voluntad! Pero, q'
remedio nada cabe; todo le ha de dejar en
el mundo.

Un pobre ha de parecer ante Dios! Deje
rigurosamente en la tierra, y desuido proce-
de a librarle contra el tesoro de la eternidad
liberará sus hijos a la vida, y vo-
luntariamente, pueden ser admitidos en el
ante, y para, y fijar

Quien te sirve y ronda y mira
tan solo por su interés,
¡ajo alerta! ese te engaña,
no es amigo, es mercader.

Al rencor negando tregua,
con los hombres en el yerro
de andar a matarme el perro
te mataré la yegua."

Soberbio, ingrato y alevé
cielo inmundo se encarna,
más que el bufón de un monarca,
el que es bufón de la plebe.

En el humano vaiven
que vale mudar estado,
cuando en el mundo es proscrito
el mal lo mismo que el bien?

Merchiano Fernandez Guerra

Contra el mundo se pretende
borrar del mundo las bellezas,
y cuando pasan un y un
nunca acaba la voluntad.
de mismo se encierran el mundo
que en tiempo de storm y lava
a pesar de la proscritas,
de que pueda pecar, peca!
de no se enq. consista,
pero proscritas de sea
por el mundo el tiempo, peca,
y cuando maximas biza
hay tiempo, un ejemplo malo
que veinte sentencias buenas
pueden aborar q' ellas ganen
pueden el ejemplo momental
de virtud y la virtud
un mundo igual se inventa,
como son las cosas, ellos,
no es mucho q' penden ellas.
Por lo que no se unen
una máxima digna,
para muchos hay por el mundo
y ninguna le hacen mal.
lato, pues, y agra me gusta
emborato en mi conciencia,
que mucho gero, quien habla,
y quien sabe mucho cuenta.

De
Ruiz a M. de la Cruz

De
Ruiz a M. de la Cruz
de la Cruz a Ruiz
de la Cruz a Ruiz
de la Cruz a Ruiz

De
Ruiz a M. de la Cruz
de la Cruz a Ruiz
de la Cruz a Ruiz
de la Cruz a Ruiz

De
Ruiz a M. de la Cruz
de la Cruz a Ruiz
de la Cruz a Ruiz
de la Cruz a Ruiz

De
Ruiz a M. de la Cruz

